



Universidad de Valladolid

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en Historia

**El origen de los Tercios en la Monarquía
Hispánica**

Alberto Calvo Rúa

Tutor: Antonio Cabeza Rodríguez

Curso: 2018-2019

El origen de los Tercios en la Monarquía Hispánica

En el siguiente trabajo se trata el origen de la élite militar de la Monarquía Hispánica desde principios del siglo XV hasta mediados del XVII. Dicha élite, formada por los Tercios, sufre un proceso evolutivo tanto teórico como práctico. Este proceso solo es posible gracias a las contribuciones de muy diversos personajes, las cuales serán analizadas. Pese al gran número de individuos que hicieron posible el nacimiento oficial de los Tercios en 1536, destacan las figuras de humanistas como Alfonso de Palencia, los Reyes Católicos, y los capitanes Gonzalo Fernández de Córdoba, Próspero Colonna y Fernando de Ávalos.

The origin of Tercios in the Hispanic Monarchy

This project is based on the origin of the military elite of the Hispanic Monarchy from the beginning of XV century to the middle of XVII century. This elite, formed by the Tercios, suffers a development process both theoretical and practical. This process is only possible thanks to contributions of many different characters that are going to be analyzed. Despite the large number of individuals that make possible the official birth of the Tercios in 1536, there are some characters that stand out such as the humanist Alfonso de Palencia, the Catholic Kings, and captains Gonzalo Fernández de Córdoba, Próspero Colonna and Fernando de Ávalos.

Palabras clave/ Key words

Tercios; Monarquía Hispánica; Reyes Católicos, Gonzalo Fernández de Córdoba; Fernando de Ávalos.

Tercios; Hispanic Monarchy; Catholic Kings; Gonzalo Fernández de Córdoba; Fernando de Ávalos.

Índice

1. Introducción.....	1
2. Desarrollo de la cuestión:	
2.1. El origen teórico de los Tercios.....	4
2.2. La impronta de Gonzalo Fernández de Córdoba en los Tercios.....	10
2.3. Evolución del Tercio, desde el Gran Capitán hasta Fernando de Ávalos: Próspero Colonna.....	17
2.4. Fernando de Ávalos, la conformación definitiva del Tercio.....	24
3. Epílogo a modo de conclusión: las Ordenanzas de Génova de 1536.....	30
4. Bibliografía.....	34

1. INTRODUCCIÓN¹

Los Tercios españoles, habitualmente conocidos como los Tercios de Flandes, élite militar de la Monarquía Hispánica, han sido estudiados por numerosos historiadores, centrándose la mayoría de ellos en el periodo comprendido entre su primera gran batalla, Pavía, y la considerada como la batalla de su desaparición, Rocroi. Además, dentro de este periodo histórico que comprende los siglos XVI y XVII, la historiografía ha mostrado especial interés por analizar la actuación de estos en las guerras de Flandes, obviando frecuentemente otros lugares y conflictos en los que su presencia fue determinante.

Como avanzó von Clausewitz, la guerra es la continuación de la política por otros medios². No puede entenderse la Monarquía Hispánica, así como su conversión en la fuerza hegemónica europea en los siglos XVI y XVII, sin los Tercios. Sin una fuerza militar poderosa es muy probable que las pretensiones de la Monarquía no hubiesen podido llegar más allá de Italia a finales del siglo XV, pues la dificultad de vencer al potente ejército francés, y de resistir sus contraofensivas, era mayúscula.

Por estos motivos, resultaba interesante enfocar el trabajo desde una perspectiva escasamente tratada, la del origen de los Tercios, pues la historiografía tradicional, junto a periodistas y militares sin formación histórica, han tratado los Tercios desde una perspectiva épica, prestando una constante atención a las batallas más conocidas de estos, Pavía, Mühlberg y Rocroi. La historiografía heredera de Annales, que llega hasta la actualidad, ha dado una perspectiva muy diferente a la historia militar, viéndose los Tercios, por tanto, claramente afectados. Grandes historiadores como Geoffrey Parker o René Quatrefages han estudiado esta cuestión con una perspectiva social muy marcada, lo que abre un gran abanico de posibilidades historiográficas, pero que sigue sin mostrar un análisis completo de la cuestión.

En esta situación, me sorprendió el gran éxito de obras cinematográficas y literarias que abordaban la cuestión del tercio, pues implica un gran interés por parte de la sociedad. Por este motivo, este trabajo se ha centrado en estudiar el origen de los Tercios desde los propios tratados político-militares del siglo XVI, debido a la gran

¹ Agradecer en primer lugar la dedicación y ayuda del profesor Antonio Cabeza Rodríguez para realizar este trabajo, así como explicar que por recomendación suya, se ha prescindido de bibliografía italiana.

² ALBI DE LA CUESTA, Julio. *De Pavía a Rocroi, los Tercios de infantería española en los siglos XVI y XVII*. Madrid, Balkan editores. S.L., 1999, p. 20.

ausencia historiográfica sobre el tema, pretendiendo abrir una nueva perspectiva de historia militar para el presente, y para el futuro.

Trabajando en esta cuestión, se llega a la conclusión de que es posible realizar un análisis histórico de los Tercios desde la perspectiva militar, sin caer en connotaciones épicas, no centrándose únicamente en batallas concretas, y por supuesto, entendiendo que los Tercios son mucho más que los hombres que combatieron en Flandes. Esta nueva posibilidad historiográfica sobre la historia militar que aquí quiero mostrar debe comenzar por un punto, siendo elegido el origen de los Tercios, pues sin este proceso, resulta imposible comprender la historia política-militar de la España de los siglos XVI y XVII. En definitiva, una historia militar alejada de la historiografía tradicional, al igual que alejada de la herencia de Annales, debe ser posible.

Ante la ausencia de bibliografía, el método empleado a la hora de abordar la cuestión no podía ser el habitual, es decir, no bastaba con acercarse al tema del origen de los Tercios a través de obras relativamente actuales que supusieran un primer filtro de la documentación original de los siglos XV y XVI. Además, resultaba necesario entender que dentro del propio proceso de creación del Tercio, había situaciones muy diferentes. Para poder explicar dónde comenzaba una etapa y finalizaba la otra, se hizo hincapié en los personajes más relevantes de cada periodo, ocupando cada uno de ellos un capítulo del trabajo.

En este momento del trabajo, resultaba muy complejo determinar la importancia de unos u otros personajes en dicho proceso, siendo claro que los Reyes Católicos formaban un pilar básico de la creación del tercio, pues para analizar su impronta en la cuestión contábamos con numerosas ordenanzas político-militares desde el fin de la guerra de Granada en 1492 hasta los primeros años del siglo XVI. Es en este instante cuando el origen teórico del tercio aparece con fuerza, sin embargo, qué sucede entonces desde las últimas ordenanzas de Isabel y Fernando en torno al 1503 y el 1536, año en que se dan las Ordenanzas de Génova, certificándose en ellas el nacimiento oficial de este.

Debido a que el aparato militar de la monarquía ha sido tratado repetidamente en guerras como la de Flandes, o en la lucha contra el Turco, lo que ha llevado a reconocer los Tercios como los de Flandes, resultaba interesante descubrir que su origen y su futuro, al igual que el de las pretensiones de la Monarquía de España, pasaban por Italia. Al pensar en Italia, la documentación del siglo XVI analizada a este respecto dejaba muy claro en quién debíamos centrar nuestro estudio en este capítulo, en Gonzalo Fernández

de Córdoba, conocido como el Gran Capitán. Además de triunfar en las guerras de Italia, consiguiendo asentar en un breve espacio de tiempo la teoría reformista que los Reyes Católicos, influenciados por grandes humanistas, desarrollaron, su propia persona hizo que este éxito fuese posible. A través de la obra *Crónicas del Gran Capitán*, obra impresa en Alcalá de Henares en 1584 recuperada por Antonio Rodríguez Villa en 1908, además de trabajar el capítulo correspondiente al anteriormente mencionado personaje, nos permite entender que Gonzalo, hijo segundón³, siempre tuvo muy presente que su inteligencia debía unirse a un gran arrojo para labrarse una reputación. Con estas características sobre su persona, comienza a destacar ya en las guerras de Granada, y entendiendo que Italia era una prueba fundamental para la Monarquía, así como para él mismo.

Pero el Gran Capitán, a partir de sus grandes victorias de Ceriñola y Garellano de 1503, no vuelve a aparecer en la escena, tomando su relevo otros muchos capitanes que comienzan a seguir sus pasos en Navarra y en el norte de África, pero que quedan en segundo lugar atendiendo a la influencia de Próspero Colonna en el ejército. La importancia de este personaje no solo debe entenderse en el aspecto militar, sino político, pues no es un capitán propio de España, sino de Milán, por lo que perfectamente podría haber seguido combatiendo del bando francés, sin embargo, pero decidió luchar junto a Gonzalo, comprendiendo sus transformaciones, y adquiriendo la responsabilidad de transmitirlo. En definitiva, Colonna representa la integración y superioridad política, cultural y militar de la Monarquía Hispánica, proceso estrechamente ligado a las posibilidades de evolución del tercio.

Cronológicamente, en este punto nos situamos en torno a 1925, por lo que todavía quedan nueve años de evolución que van a tener como mejor exponente a Fernando de Ávalos, también conocido como Marqués de Pescara, personaje trascendental para el trabajo, pues no solo entiende el legado de Gonzalo y Próspero, sino que da un definitivo empuje a la revolución y transformación del ejército. Historiográficamente, Ávalos es un personaje bastante poco estudiado, por lo que se ha accedido a su vida a través de la obra *Historia del fortísimo y prudentísimo capitán don Hernando de Ávalos*, la cual fue publicada en Amberes en 1578. Al igual que en el caso de Gonzalo y Próspero, de ninguna manera puede ser entendida su presencia en este proceso de manera casual, pues desde

³ HERNANDO SÁNCHEZ, Carlos José. *Las letras del héroe. El Gran Capitán y la cultura del Renacimiento*. En Córdoba, el Gran Capitán y su Época, Córdoba, Real Academia de Córdoba, 2003, p. 221.

tiempos de su bisabuelo, Condestable de Castilla que tuvo que partir al exilio por apoyar el conocido como Golpe de Tordesillas, sus predecesores en el cargo tuvieron que moverse muy bien en las cortes italianas, lugar donde comprendieron que sus posibilidades eran mayores para recuperar su estatus. Fernando de Ávalos fue siempre consciente de esto, por lo que al igual que Gonzalo Fernández de Córdoba, supo que debía unir su inteligencia a su gran capacidad militar para hacer avanzar definitivamente los Tercios.

Tras trabajar todo este proceso acudiendo, en gran medida, a la documentación histórica, veremos en el último capítulo, dedicado a las Ordenanzas de Génova de 1536, si todas las ideas extraídas de humanistas, Reyes Católicos, y sobre todo de cada uno de los capitanes mencionados, tuvieron en 1536 su consolidación oficial, lo que nos permitiría, por tanto, denominar dicho proceso como el del origen de los Tercios.

2. DESARROLLO DE LA CUESTIÓN

2.1. Capítulo I: el origen teórico de los Tercios

Los Tercios, instrumento militar y, a fin de cuentas, político de la Monarquía Hispánica tienen su nacimiento oficial en Génova en 1536. Para indagar en sus orígenes, es necesario detenerse en el rápido y nada sencillo cambio que vivió la concepción del arte de la guerra desde finales del siglo XV e inicios del XVI, pues sin dicho cambio los Tercios no habrían sido el pilar que sustentó el imperio de los Austrias. Resulta primordial, primero de todo, hacer hincapié en la dificultad de introducir un cambio de mentalidad en el arte de la guerra, que había permanecido inamovible durante muchos siglos. Suponía romper con el protagonismo absoluto de la caballería, entendida como única forma de hacer la guerra de forma noble. Para ilustrar esta afirmación basta acudir a algunos de los tratados de guerra escritos entre mediados y finales del siglo XV.

Son numerosos los tratadistas que muestran el profundo calado que tenía la caballería como medio indispensable y básico de hacer la guerra. *La Doctrina e Institución del Arte de Caballería*, escrita por Alfonso de Cartagena y traducida al latín en 1497 por Juan Burgos con el título de *Res militaris*⁴, representa perfectamente la

⁴ BOTELLA ORDINAS, EVA, *Redención de la virtud. La primera traducción castellana del Arte della Guerra de Maquiavelo*, en Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV, Hª Moderna (13, 2000), Madrid.

relación estrecha entre lo militar y la caballería, pues su autor conocía perfectamente el latín, por lo que hay que descartar cualquier tipo de error de traducción. Lo mismo sucede con el más conocido *De conuenientia militaris disciplinae*, tratado escrito por Juan Ginés de Sepúlveda en 1535 y traducido en 1541 por Antonio Barba, quien traslada el fragmento *militaris disciplinae* al castellano como “Estado de la Caballería”.⁵ Nuevamente, la posibilidad de que Antonio Barba tradujese el fragmento de manera errónea es remota, pues manejaba el latín sin dificultad. Además, Alfonso de Palencia en su obra *La Perfección del Triunfo* de 1459, traduciendo así mismo, lo que no da lugar a posibles errores de interpretación de conceptos, traslada *militaribus gestis* por “fechos de caballería”.⁶

Con estos ejemplos se comprende la relación sistemática que existía entre las palabras guerra y caballería, pues se consideraba a esta la forma propiamente caballeresca, y por tanto, cristiana y justa de combatir. Dicha idea se puede extraer de multitud de libros impresos, como ocurre con el de Sepúlveda al afirmar: “*Los cristianos podían y debían hacer la guerra, pero el imperativo es que ésta fuese justa*”.⁷

Con el arte de la guerra totalmente eclipsado por la caballería desde hacía ya varios siglos, debemos preguntarnos cómo pudo ser posible que en 1536, en las conocidas como *Ordenanzas de Génova*, se oficializase un arte de la guerra completamente diferente. Además, hay que destacar que dicho cambio se dio en primer lugar en la Monarquía Hispánica, tardando en extenderse al resto de Europa. Es bien conocido que esta transformación fue fruto de todo un proceso evolutivo que tuvo su comienzo en las guerras de Granada y del norte de África. Ambas contiendas obligaron tanto a los Reyes Católicos como a sus capitanes a plantear escenarios bélicos donde la batalla campal entre caballerías no era factible. Pero más allá de lo meramente bélico, hubo de existir algo en la sociedad castellana para que el cambio se diese en ella y no en otras partes de Europa.

El motivo esencial está impregnado en la propia cultura castellana. Mientras en lugares como Francia o Inglaterra se celebraban combates y justas aristocráticas, al margen del entretenimiento de la mayoría de la población, en la Península hubo corridas de toros, carreras de caballería ligera (de origen árabe) y, sobre todo, recreaciones de

⁵ *Ibidem*, p. 204.

⁶ *Ibidem*, p. 205.

⁷ *Ibidem*, p. 204.

luchas de moros y cristianos, festejos, en definitiva, en los que no participaba únicamente la aristocracia sino también el pueblo⁸.

Esto ayuda a comprender que en Castilla no hubiera una gran separación entre las tradiciones caballerescas de la aristocracia y las tradiciones guerreras del pueblo, algo que sí sucede en el resto de Europa, donde la idea de la caballería como único método de conseguir una victoria cristiana y justa tenía gran calado, tanto entre la aristocracia como entre el pueblo. Por añadido, Francia, cuna de la guerra medieval, consideró siempre la guerra como un medio de estratificación social, es decir, la guerra diferenciaba de forma muy marcada a la aristocracia del resto del pueblo. En Castilla y Aragón, en cambio, pese a que sí puede apreciarse un gran contingente de caballería nobiliaria en la Reconquista, la figura del peón siempre hizo acto de presencia, no siendo nunca despreciada. Esta particularidad social fue parte estructural en el origen de los Tercios, facilitando la creación de un caldo de cultivo idóneo para las tres fuerzas que impulsaron su aparición: los humanistas, los Reyes Católicos, y los notables capitanes a los que se dedicarán los capítulos siguientes.

Los primeros en intuir las posibilidades que abriría la unidad de las coronas peninsulares, lo que llevaría a la creación de la Monarquía de España, fueron los humanistas de mediados del siglo XV, particularmente Alfonso de Palencia. En efecto, en sus obras de la década de 1450 se percibe claramente la identidad de los proyectos de las coronas de Castilla y Aragón, hasta formar lo que él denominaría “la España unida”⁹. Ciertamente que en aquellos años las ideas de Palencia estaban aún lejos de ser una realidad. Muchos expertos consideran que sus reflexiones sobre la dualidad político-militar de España radican en su gran conocimiento del mundo clásico, principalmente el romano. De lo que no hay duda es que los Reyes Católicos apreciaron sus escritos, que anticipaban, aunque no en su complejidad, la dirección en que se forjaría la nueva Monarquía. En el terreno militar, es un constante en este humanista resaltar la importancia de los peones veteranos, criticando duramente a la nobleza, cuerpo estamental todavía perfectamente establecido en los mediados del siglo XV. A este respecto, las palabras de René Quatrefages resultan totalmente clarividentes: “*denuncia la actuación de una aristocracia olvidadiza del bien común, demasiado preocupada por sus propios intereses*”

⁸ PUDDU, Rafael. *El soldado gentilhombre*. Barcelona, Argos Vergara, 1984, p. 51.

⁹ QUATREFAGES, René. *Génesis de la España militar moderna*, *Militaria: revista de cultura militar* (7, 1995), p. 62.

*y arrastrando tras ella a los demás estados sociales; era el tiempo del tan dañino Viva quien Vence*¹⁰. Esta será una de las primeras empresas de Isabel y Fernando, crear un ejército nacional que evitara las parcialidades de la aristocracia tradicional.

¿Cómo Alfonso de Palencia, persona sin formación militar, pudo dilucidar en 1450 que la infantería ocuparía los campos de batalla europeos durante varios siglos? Para resolver la cuestión, es conveniente acudir a su pasado, ya que formó parte del círculo íntimo del Cardenal Besarión, lo que le llevó a vivir en tierras italianas largo tiempo. Además, en su descripción de numerosas batallas se aprecia un esfuerzo por el aprendizaje, traducido en nuevos conceptos militares que servirían a los teóricos del tercio de muchos años después. Estos dos factores, unidos a su gran conocimiento del mundo romano, lo llevan a plantear un nuevo sistema de legiones, consciente de la necesidad de renovación del sistema militar medieval antes que nadie.

Otro aspecto que anticipó Palencia fue el de los enemigos de la futura España, considerando necesario romper la tradicional alianza con Francia (tenida como la potencia hegemónica del momento), para poder consolidarse exterior e interiormente. Isabel y Fernando, movidos por los acontecimientos, entablaron constantes guerras con Francia desde tiempos de Carlos VIII, justo al terminar la guerra contra el Islam. Esto, que evitó una relajación en su idea de crear un ejército profesional y nacional, permitió acabar con la hegemonía francesa y poder consolidar la futura Monarquía en la península, y en Europa.

Alfonso de Palencia muere en 1492 sin tiempo para comprobar la plasmación de sus ideas en el plano político y militar, aunque habiendo encontrado quienes, como los Reyes Católicos, comprendiesen su importancia. Aquí reside buena parte del sustento teórico que pocos años después se plasmará en la llamada “revolución militar”. Sin los monarcas no puede, por tanto, explicarse el origen del tercio, que luego grandes capitanes supieron desarrollar y consolidar. Isabel y Fernando fueron conscientes de los avances en la última fase de la guerra de Granada, auténtico campo de pruebas para la infantería y el modelo suizo, que se salda con un claro éxito. Este triunfo concuerda con sus deseos de eliminar el gran poder de la nobleza de sus reinos, que durante largos años había sido un foco de conflicto. Restar poder a la aristocracia exigía sustraerla de su principal función social, la guerra, que a partir de ese momento pasaría a depender de los reyes. Este es uno

¹⁰ Ídem, p. 62.

de los motivos por el que es considerada la primera Monarquía europea que manifiesta claramente la necesidad de contar con un ejército permanente de carácter nacional. La intervención en Italia para liberar a Nápoles de la presencia francesa sólo podía hacerse por medio de las armas, lo que permitía aprovechar el consejo de Alfonso Palencia de desbancar a Francia de la hegemonía europea. Había que potenciar para ello la infantería, pero no dependiendo de mercenarios sino reclutando los peones (*infantes* a partir de 1495)¹¹ de sus propias coronas, tarea para la que establecieron numerosas ordenanzas.

Entre las muchas ordenanzas de los Reyes Católicos de los años 90 del siglo XV, algunas merecen aquí especial atención. La primera de ellas es la promulgada en julio de 1492 que legisla sobre caballería popular. El tema a tratar en dicho documento es de una suma importancia para el tema de este TFG, ya que aunque todavía se insiste en la caballería, se encuentran referencias a la de carácter popular, es decir, se comienza a incitar al pueblo a armarse por orden directa de los reyes, no de sus señores feudales. René Quatrefages hace hincapié en que la ordenanza contenía mensajes que hablaban de la necesidad de servir al rey y de defender el bien común del reino. No es extraño que se entienda como el nacimiento del ejército nacional, algo que se puede apreciar en el propio texto: “*Y porque a nuestro servicio y al bien y pro común de nuestros reinos estén encabalgados en caballos y armados*”¹².

Un segundo documento de gran interés se fecha en 1494, cuando se fija el sueldo de los integrantes de la recién creada Guardia de Castilla en unos 300.000 maravedíes anuales. Con ellos debían pagar el sueldo de un teniente elegido por el guarda, pero que requería el consentimiento del rey. Esta ordenanza supone un gran paso en la tarea monárquica de centralización del poder militar, tanto por el pago del salario, como por tener la última decisión sobre el reclutamiento de ciertos tenientes y capitanes.

Estas reformas, aunque profundamente simbólicas, no supusieron grandes transformaciones en la composición del ejército ni en su componente social. Esto cambia en 1495, cuando Isabel y Fernando, atendiendo a los consejos de Alonso de Quintanilla, humanista muy estrechamente ligado a Alfonso de Palencia, realizan dos reformas de

¹¹ El término peón fue el utilizado para definir a la infantería durante una gran parte de la Edad Media, en Francia, el concepto de peón guardaba un aspecto despectivo, pues era utilizado por la nobleza para diferenciarse de los que combatían a pie. En las coronas castellana y aragonesa los peones comienzan a ser considerados infantes a partir de 1495.

¹² QUATREFAGES, René. *La revolución militar moderna: el crisol español*. Madrid, Ministerio de Defensa, 1996, p. 78.

gran magnitud. Una de ellas es publicada en octubre de 1495, instando a todos los hombres, exceptuando moros, religiosos o pobres, a tener un arma ofensiva o defensiva en su poder, dependiendo de la situación económica y de la facultad de cada uno (es decir, del arma que pudiera manejarse con mayor habilidad). Se tiene que pertenecer a partir de este momento a uno de los tres grupos en que se divide la milicia: lanzas largas, escudados¹³ o ballesteros-espingarderos¹⁴.

A esta ordenanza se añade la dada en febrero de 1496, solo unos pocos meses después, por la que se empadronaron a todos los hombres no exentos de municipios y ciudades; bien podían servir voluntariamente o ser elegida una doceava parte de ellos para ser llamados por el rey en caso de necesidad. A la par, se concluye el proceso centralizador reorganizando, en enero de 1496, la administración de la guerra, quedando la gestión de la tesorería para los reyes de forma total. Nació así el famoso “Libro de sueldo”. Además, se ordenará la aplicación de las nuevas normas en todas las tropas, independientemente de ser reales, levadas de ciudades o de provincias¹⁵.

Con estas tres ordenanzas, los Reyes Católicos habían conseguido en tan solo seis años centralizar el poder militar, convertir un ejército medieval en uno de infantes, y sobre todo, ponerlo al servicio de la Monarquía.

Los años 1497 y 1503 marcan nuevos hitos. En la primera de estas fechas, se adopta la pica como arma principal de la población, al entenderse que a Francia solo se la podrá vencer por medio del modelo suizo. Además de la pica, en esta ordenanza, según Zurita, se denomina a la división del ejército en tres como “Tercios”: *“repartiéronse los peones en tres partes: un tercio con lanzas, como llevaban los alemanes, que llamaron picas, y el otro tenía el nombre antiguo de escudados, y el tercero de ballesteros y espingarderos”*¹⁶. Con esta denominación Gonzalo Fernández de Córdoba ya había conseguido en 1503 victorias sobre los franceses en Italia, aunque no todavía de forma contundente. Fernando el Católico intuye un inminente ataque francés a través de los Pirineos, por lo que llamaba a la gente a organizarse estrictamente como se había estipulado en 1497, en Tercios, por supuesto sin parecido a los descritos en la famosa

¹³ Soldados que combatían con espadas. Fueron una unidad importante en el origen del tercio, pero rápidamente desaparecieron por la predominancia de la pica.

¹⁴ QUATREFAGES, René. *La revolución militar moderna: el crisol español*, ob. cit., p. 94.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 96.

¹⁶ ZURITA, Jerónimo. *Historia del Rey Fernando el Católico. De las empresas, y ligas de Italia*. Zaragoza, 1580, tomo II. Edición electrónica: ISO, José Javier (coord.); RIVERO, Pilar; PELEGRÍN, Julián.

ordenanza de 1536, pero sí con una conciencia de división de la infantería que permanecería en el tiempo. La ordenanza de 1503 plantea consecuencias de gran magnitud, ya que se ordena la división del ejército en dos, dos Tercios de infantes armados a la suiza y un tercio de peones ballesteros de ballestas recias¹⁷, lo que indica un atisbo de modernización del sistema suizo, pues no se emplean únicamente picas. Así pues, la dualidad pica-ballesta, posteriormente pica-arcabuz, comenzó aquí.

En definitiva, dentro del proceso originario de los futuros tercios españoles junto a los grandes capitanes aparecen los humanistas y los monarcas, que conscientes de sus necesidades externas e internas, van a promover los cambios militares descritos. El protagonismo ejercido en el campo de batalla por ilustres capitanes es entendido por René Quatrefages como el de artesanos del nuevo arte de la guerra.

2.2. La impronta de Gonzalo Fernández de Córdoba en los Tercios

El presente capítulo se centra en el análisis de las aportaciones del Gran Capitán a partir de sus éxitos en las Guerras de Italia, escenario que, es bien sabido, lo encumbró como gran militar. Los Tercios no aparecieron en Italia por casualidad, entraron en acción allí donde surgió la necesidad. Tanto Fernando el Católico como Gonzalo Fernández de Córdoba comprendieron antes que otros políticos y militares que el futuro de la joven Monarquía dependía del triunfo en aquella península.

Para poder extraer consecuencias de los sucesos más trascendentes de unas guerras tan conocidas (por lo que se evita hacer su descripción), es necesario contextualizar el conflicto italiano. La riqueza económica y cultural de aquel territorio había sido motivo de numerosas disputas desde el siglo XIII, momento en que la corona de Aragón se apropia de la Sicilia ulterior. Los conflictos internos no cesaron, pero a finales del siglo XV el mapa político italiano quedó en gran medida fijado. La temprana presencia aragonesa en el sur facilitaría la intervención de los Reyes Católicos, aunque Francia tenía la ventaja de ejercer un mayor control sobre el norte. La zona central-meridional quedaba dividida en dos: los Estados Pontificios y el reino de Nápoles, como se ha dicho, en manos de una rama de los reyes de Aragón.

¹⁷ QUATREFAGES, René. *La revolución militar moderna: el crisol español*, ob. cit., p. 181.

Tanto para los monarcas franceses Carlos VIII (quien inició la guerra tras su famosa invasión de 1498), Luis XII, Francisco I y Enrique II, como para los reyes de la Monarquía Hispánica, desde los Reyes Católicos a Felipe II, pasando por Carlos V, el reino de Nápoles fue un territorio constantemente ambicionado, lo que provocó numerosos conflictos entre ambas naciones, sin faltar la injerencia de otras potencias extranjeras, principalmente Inglaterra y el imperio Otomano.

Teniendo en cuenta el periodo cronológico que abarcan las guerras de Italia, resulta recurrente la idea de que dicho conflicto fue fundamental para la consolidación de la Monarquía Hispánica en Europa. Y en efecto, una victoria francesa hubiera supuesto la consolidación de sus posiciones y la temprana eliminación de las aspiraciones hegemónicas de los monarcas católicos. En este contexto, con el conflicto ya iniciado, Fernando envió sus mejores tropas, principalmente los veteranos de la guerra de Granada. Al frente del ejército puso al capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, que lentamente iría labrando su reputación, sin dejar de aprender de los fracasos para terminar imponiéndose a los franceses.

El Gran Capitán tuvo muy presentes desde un primer momento las enseñanzas de sus maestros Próspero Colonna y Bartolomeo D'Alviano¹⁸, aunque contaba con tropas muy diferentes a lo que establecían los cánones militares de la época. Para empezar, no disponía de un gran número de caballeros pesados pues la mayoría de los soldados que componían el ejército español de Italia eran ballesteros e infantería con picas y espadas, simulando el modelo suizo que tan buenos resultados había dado en la guerra de Granada¹⁹.

En frente, el ejército francés mantenía su modelo de choque con caballería pesada muy poco ágil pero con una fuerza capaz de destruir prácticamente cualquier tipo de formación enemiga. Lo hubiera sufrido la cerrada e inmóvil compañía de piqueros al estilo suizo si Fernando el Católico y Gonzalo Fernández de Córdoba no hubieran emprendido su mejora para explotar todas sus posibilidades. Es de interés hacer notar que el ejército francés, además de caballería pesada, contaba con algunos mercenarios suizos, ya que los intentos de adopción de este estilo habían concluido con estrepitosos fracasos.

¹⁸ SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis. *Los Reyes Católicos, el camino hacia Europa*. Madrid, Rialp, 1990, p. 74

¹⁹ Pese a la creencia de que los arcabuces formaron parte de los primitivos Tercios desde el primer momento, lo cierto es que la ballesta fue un arma de enorme utilidad y con una velocidad de recarga inmensamente superior a la de los arcaicos arcabuces, por lo que la introducción del arma de fuego tendrá que esperar varios años, exactamente hasta 1503.

Valorando la capacidad del ejército al que se enfrentaba, sin dejar de existir limitaciones para cada bando (limitada agilidad francesa y limitado choque español), Gonzalo fue consciente desde el principio de la inferioridad de sus fuerzas²⁰. Desde las pautas tradicionales del arte de la guerra, para evitar el fracaso, el capitán español vio la necesidad de innovar. La oportunidad llegó en 1495, durante la primera guerra de Italia. Tras desembarcar en Sicilia y pasar varios días reposando y preparando al ejército, se alcanzó Regio²¹. Gonzalo, consciente de la necesidad de evitar una batalla campal, algo absolutamente novedoso para la concepción honrosa del arte de la guerra, hizo un gran uso de la artillería y de lo que, en tiempos posteriores, se definiría como “guerra de guerrillas”. Desgastado el enemigo, tuvo que retroceder en numerosas plazas, principalmente la de Regio muy bien defendida por tropas veteranas del ejército francés²².

Igualmente, entendió la inutilidad de enfrentarse a los franceses en Seminara, donde Monsieur de Aubigny²³, gobernador de Calabria, pretendía combatir a las tropas españolas en batalla campal, algo que beneficiaba los intereses franceses, poco acostumbrados a una guerra dispersa. El Gran Capitán, consciente de la necesidad de evitar un enfrentamiento de aquellas características, intentó convencer al rey. Como afirma Antonio Rodríguez Villa: “*Fernando se fue a aposentar a unas caserías que estaban junto a Seminara, deseoso de venir a manos con los franceses que estaban en aquella villa*”²⁴. Estas palabras indican que Fernando hizo caso omiso de los consejos de Gonzalo, pues no soportó las acusaciones de los franceses de cobardía ante la negativa constante de los españoles a presentar batalla en campo abierto. El 28 de junio de 1495, las tropas de ambos ejércitos se desplegaron frente a la ciudad de Seminara. Tal y como el Gonzalo Fernández de Córdoba había previsto, la derrota española fue contundente, de hecho, Fernando II de Nápoles fue consciente de ello en plena batalla; “*Finalmente, hallándose a pie peleando muy animosamente, mostrando bien en aquel estrecho en que estaba la fortaleza de su corazón, y viendo del todo perdida su gente y el poco remedio que había de resistir a los franceses por ser muchos, cabalgó en un caballo que le dio su criado y partióse de aquel peligro*”²⁵.

²⁰ *Ibíd*em, p. 75.

²¹ RODRÍGUEZ VILLA, ANTONIO (Ed.), *Crónicas del Gran Capitán*, Madrid, Librería editorial de Bailly, 1908, p. 30.

²² *Ibíd*em, p. 31.

²³ *Ídem*.

²⁴ *Ídem*.

²⁵ *Ibíd*em, p. 32.

Debido a la dura derrota de Seminara, Gonzalo se reafirmó en lo acertado de no entablar combate abierto cuando lo aconsejaba la prudencia, y Fernando tuvo que asumir, no sin dificultad, las razones esgrimidas por su Capitán; daba comienzo un nuevo arte de la guerra. Frente a la atrevida carga medieval, el argumento es la “prudencia”, término totalmente novedoso, pues el arte de la guerra, hasta estos momentos, que valoraba particularmente la agresividad. Tal y como García Ercilla explora: *“primero emos de buscar en el Rey o en el Capitán la virtud de la prudencia que la fortaleza, porque la fortaleza se debe someter a la prudencia”*²⁶. No obstante, Gonzalo no dejará de combatir con valerosidad y agresividad cuando las circunstancias lo aconsejen, según Rafael Puddu lo expone a partir de Paolo Giovio:

*“Si bien embiste al enemigo como el más valeroso entre los caballeros, trata por todos los medios de evitar una batalla que considera perdida de antemano, y con esa fuerza de la prudencia perfecta, comenzó a aconsejar al joven Fernando, deseoso de recuperar el reino y conquistar honor para sí; ante él insistía en que aún no debía salir de su tierra, sin antes conocer mejor el parecer y las fuerzas del enemigo, pues el vacío ánimo vigoroso corre el riesgo de poner el peligro todos los designios de una empresa y, por último, la victoria prevista”*²⁷

En definitiva, de aquel fracaso de Seminara, aunque territorialmente implicó una retirada general española, se pudieron entresacar las bases de los futuros Tercios, acudiendo, en definitiva, al concepto de utilidad, lo que caló también en la mente del rey napolitano: *“Fernando, con gran desesperación que de aquel desbarato hubo, se partió a Sicilia para traer de allá más gente, dejando encargado al Gran Capitán todo aquel hecho”*²⁸.

Desde este momento, el Gran Capitán asumió la necesidad de obrar con prudencia²⁹, regresando a una guerra de ataques inesperados y dispersos, que tan buenos resultados habían dado. En consecuencia, asumió la complicada tarea de reducir notablemente el número de la caballería, principalmente pesada, en favor de un aumento del número de infantes de tres tipos: piqueros³⁰, espaderos y arcabuceros, pues después

²⁶ GARCÍA ERCILLA, Fernando. *Sobre el desafío y materia del duelo*. En PUDDU, Rafael: *El soldado gentilhombre*, ob. cit., p. 33.

²⁷ PUDDU, Rafael. *El soldado gentilhombre*, ob. Cit., pp. 55-56.

²⁸ RODRÍGUEZ VILLA, ANTONIO (Ed.), *Crónicas del Gran Capitán*, ob. cit., p. 32.

²⁹ PUDDU, Rafael. *El soldado gentilhombre*, ob. cit., p. 56.

³⁰ Aunque estos primitivos piqueros porten picas de menor envergadura y armaduras menores a los coseletes, piquero habitual de los tercios en el siglo XVI y gran parte del XVII.

de Seminara se entiende que las ballestas son inútiles para la nueva concepción de la guerra. Por último, comienza a crear una gran red de oficiales para hacer ganar en movilidad al ejército, algo totalmente opuesto al mar de picas suizas, impenetrables de igual manera que inmóviles. La experiencia acumulada de las guerras de Granada más la adquirida en aquellos años en Italia, hizo que por primera vez desde las legiones romanas un ejército de infantería plantase cara al enemigo, ganándole en agilidad y eficacia.

En efecto, tras el desastre de Seminara el Gran Capitán supo aunar lo mejor del potente e inmóvil modelo suizo, heredado de las falanges macedónicas, con las móviles y efectivas legiones romanas, algo que René Quatrefages ha denominado como la “individualización”³¹. Se abrió la posibilidad de combatir como un cuadro cerrado sin dejar de acudir al despliegue ágil y rápido cuando las condiciones de batalla lo aconsejasen.

Tras comprobar las conclusiones sacadas de aquella derrota, es preciso analizar el proceso seguido en las contiendas que encumbraron al Gran Capitán, las que marcaron el camino a seguir en lo sucesivo en la táctica militar. El siguiente paso fue la recuperación de Nápoles, conforme a la orden del rey. Después de varios meses de recuperar fuerzas, ganando confianza con operaciones de desgaste, el ejército fue recompuesto con un claro aumento de infantería. Entonces se decidió la toma de Laurino. Debido al elevado número de franceses que se encontraban en la plaza, el ejército español optó por lo inesperado, viajando por lugares secretos, de forma que los franceses no esperaron su llegada. Con el factor sorpresa del lado español, se ordenó el ataque, tomando la ciudad con escasas pérdidas. La estrategia de Gonzalo empezaba a dar sus frutos³². El siguiente movimiento fue tomar Atella, ciudad cercana a Nápoles y que guarnecía lo mejor del ejército francés. De nuevo, ante la fortaleza de la ciudad y la imposibilidad de tomarla al asalto, Gonzalo utilizó su gran ingenio: destruyó los molinos que suministraban recursos a la ciudad, empleando con maestría su técnica de ataque-defensa, “y luego mandó tañer a recoger antes que los franceses enviasen mayor número de gentes a dar socorro”³³. En esta ocasión comienzan a verse los beneficios de la nueva composición del ejército, en este caso el de la caballería ligera, considerada por el Gran Capitán como notablemente más útil que la pesada, tal y como se instaurará en los futuros Tercios: “*Los caballos ligeros*

³¹ QUATREFAGES, René: *Los tercios*. Madrid. Ministerio de Defensa. 1983, pp. 232-233.

³² RODRÍGUEZ VILLA, ANTONIO (Ed.), *Crónicas del Gran Capitán*, ob. cit., p. 39.

³³ *Ibíd*em, pág. 41.

los siguieron hasta la villa, matando muchos de ellos”³⁴. Este concepto de caballería permitía realizar ataques rápidos y efectivos con la posibilidad de retroceder antes de ser interceptados, mientras que la tradicional caballería pesada estaba ideada para desbaratar posiciones defensivas, no concibiendo la posibilidad escaramuzadora.

Definitivamente, con la caída de Atella, los franceses se vieron obligados a abandonar Nápoles, por lo que tras realizar la toma de Ostia, por mandato del Papa, y desbaratar varios intentos de rebelión en ciudades como Rocaguillerna, el Gran Capitán regresaba a España con una fama inmensa, tanto por parte de sus soldados, como de sus enemigos. Su nueva concepción del arte de la guerra, los primitivos Tercios, estaba comenzando a triunfar.

Pese a que en este primer periodo en Italia los cambios militares introducidos fueron muy importantes, fue en la segunda etapa de Gonzalo en Italia cuando definitivamente quedó encumbrado su estilo, que contará con destacados sucesores, como el marqués de Pescara del que se trata más adelante. Un suceso considerado de enorme trascendencia es el acontecido en 1503 en el camino de Barleta hacia Ceriñola, en una batalla que recibió dicho nombre. Es en este momento cuando se instaura definitivamente la técnica moderna que acompañará al tercio.

Para empezar, hay que destacar la inmejorable elección del terreno, un viñado abrupto que permitió que las posiciones defensivas españolas quedaran ocultas. Además, es la primera ocasión en la que se utilizan de forma contundente los arcabuces, arma indispensable del tercio. En Ceriñola el Gran Capitán presenta al mundo su técnica defensa- ataque, pues se defiende mediante zanjas que la caballería pesada francesa no puede cruzar, así, como afirma Rodríguez Villa: “*el Visorrey de Nápoles, Monsieur de Nemos, de un arcabuzazo que estando en el foso sin poder pasar adelante le dieron, murió como muy esforzado caballero*”³⁵.

Pero además del uso novedoso del arcabuz frente a las ballestas francesas, Gonzalo dispuso sus tropas en coronelías, grupos de soldados de número reducido y con una consiguiente gran movilidad, sin duda elemento estructural del tercio. También se comenzó a dar muestras de la gran utilidad de la dualidad arcabuz-pica, ya que los arcabuceros, desde la fosa, dispararon a los franceses cuando estos se encontraban ya

³⁴ Ídem.

³⁵ Ibídem, p. 160.

cerca, ante lo que los piqueros avanzaron en su defensa, pasando los artilleros manuales a la parte trasera. Como se aprecia, es la primera batalla que presenta los primarios Tercios al mundo, pues aparecen claramente dos claves estructurales de dicha unidad militar: la agilidad y gran división interna, y la perfecta dualidad arcabuz-pica.

Con el constante y rápido avance de la técnica militar impulsada por Gonzalo³⁶, los primarios Tercios van adquiriendo más fuerza, ocupando de manera sistemática las plazas italianas arrebatadas previamente por los franceses. De esta manera, se llega a finales de 1503 a un conflicto que completa los éxitos anteriores³⁷. Tras fingir una retirada, lo que hizo confiarse a los franceses, Gonzalo ordenó un sigiloso cruce del río por tres puntos, de manera que el enemigo quedó absolutamente sorprendido. Esto marcó un referente universal sobre cómo envolver a un ejército, al que se derrotó de forma total, pues al año siguiente Francia abandonó Nápoles definitivamente. Habían quedado superados los presupuestos medievales que llevaban a los capitanes a concertar fecha y hora para la batalla. A partir de entonces, los ejércitos enfrentados deben estar alerta de forma permanente, poco importa que sea de noche, o que las condiciones meteorológicas sean contundentemente adversas. En relación con el tercio, motivo central de este trabajo, resulta indispensable pensar en las famosas *encamisadas*³⁸ cuando se habla de la batalla de Garellano.

Gonzalo Fernández de Córdoba, que no dirigió personalmente ninguna contienda más tras Garellano, abrió la mente de sus capitanes con sus nuevas técnicas, desde la introducción del arcabuz, las coronelías, la primacía de la infantería, la casi total desaparición de la caballería pesada en favor de la ligera y el efectivo uso de la artillería. Sobre esta base, los primitivos Tercios, en los años siguientes se desarrollarán y perfeccionarán las tácticas de combate que utilizarán los Tercios tras su nacimiento oficial en 1536. A ello se dedican los capítulos siguientes.

³⁶Recordemos que entre el desastre de Seminara y la victoria aplastante de Ceriñola, donde la táctica y la técnica de los Tercios aparece con gran fuerza, tan solo hay ocho años de diferencia, lo que indica que el aprendizaje y la adaptación del ejército a las circunstancias adecuadas fue muy rápido.

³⁷ RODRÍGUEZ VILLA, ANTONIO (Ed.), *Crónicas del Gran Capitán*, ob. cit., pp. 219-223.

³⁸ Asaltos nocturnos a campamentos, ciudades o trincheras muy habituales en los Tercios que provocaban una sensación constante de alarma en el enemigo.

2.3. Evolución del tercio, desde Gonzalo Fernández de Córdoba al marqués de Pescara: Próspero Colonna.

Tras analizar la gran impronta de Gonzalo en el futuro tercio, resulta importante dedicar un capítulo a los personajes que, una vez fallecido el Gran Capitán, acogieron sus tácticas y métodos, culminando en Fernando de Ávalos, al que se dedicará el siguiente capítulo del trabajo. Así mismo, es necesario analizar la evolución armamentística desde 1503 hasta los años 20 del siglo XVI, pues pese a tratarse de un espacio reducido de tiempo, las mejoras son muy importantes, siendo parte activa y esencial de la propia evolución del ejército español.

Para abarcar la transición entre Gonzalo y Fernando, personajes ilustres en el nacimiento del tercio, encontramos numerosos capitanes, destacando Próspero Colonna, capitán de origen italiano al servicio del Gran Capitán en batallas trascendentales para la consolidación de la Monarquía Hispánica en su vertiente italiana, y por ende, europea.

Próspero, además de ser parte activa del ejército español en Italia, ocupó un puesto complejo en las batallas de Ceriñola y Garellano, principalmente en la última, pues en ella comandó la caballería ligera, trascendental en la victoria española. Colonna, capitán al mando de una unidad que iba a ser empleada de manera totalmente novedosa, debía comprender a la perfección los planes de Gonzalo, pues era imposible que contara con experiencia previa, ya que hacía siglos que la caballería no se utilizaba como fuerza escaramuzadora. Esta relación, además de militar, y tal y como defiende el historiador Carlos José Hernando, tenía una base personal, pues las familias de ambos habían estrechado lazos³⁹. Por este motivo se pueda afirmar que vivió personalmente la revolución militar, comprendiendo la importancia de mantener esos cambios frente a la opinión de algunos capitanes de mantener el método tradicional de combatir.

Próspero, además de un gran militar, era un condottiero, mercenario que no lucha en defensa de ninguna patria, sino de sus propios intereses. Que muchos de estos personajes luchan del bando español, además de suponer el reconocimiento de la superioridad de la Monarquía Hispánica, denotan el temprano grado de integración de esta en Italia, algo defendido por varios autores:

³⁹ HERNANDO SÁNCHEZ, Carlos José. *Las letras del héroe. El Gran Capitán y la cultura del Renacimiento*. En Córdoba, el Gran Capitán y su Época, Córdoba, Real Academia de Córdoba, 2003, p. 231.

“las letras surgen así como un medio insuperable para educar la fuerza militar y guiarla hacia fines civiles, dentro de un justo equilibrio entre ambos aspectos. Visto desde la intensa política cultural desarrollada por España, esto explicaría el elevado grado de integración logrado en Italia en tiempos de Felipe II”⁴⁰

Con esto, se comprende la aportación de Colonna, nacido en Milán, al ejército español a la vez que a la vida política y cultural de la joven Monarquía, pese a haber prestado servicio a Francia con anterioridad. Es importante detenerse en la cronología. Tras ser una parte fundamental para Gonzalo en las batallas de Ceriñola y Garellano a principios del siglo XVI, Próspero vivió hasta 1523, año de su muerte en Milán. Esta fecha es trascendental, ya que un año antes, en 1522, acontece la batalla de Bicoca, a la que Colonna aún tuvo tiempo de acudir. En esta batalla tomó estrecho contacto con Fernando de Ávalos, gran continuador del estilo de Gonzalo y parte esencial en la creación del tercio. No debe tomarse a la ligera este encuentro, pues es muy probable que con otros capitanes, Fernando se hubiera podido mostrar receloso a introducir ciertas transformaciones, lo que estando al mando de Colonna en tan decisivo momento quedó soslayado. Así pudo nutrirse del ideario de Gonzalo sobre la nueva concepción del arte de la guerra.

Se puede establecer un cierto paralelismo entre las relaciones de Gonzalo con Próspero y la de éste con Ávalos, pues ambos formaron parte del mismo ejército. Colonna fue parte esencial en la novedosa caballería ligera, como Ávalos lo fue al frente de los arcabuceros; ambas unidades resultaron fundamentales para los futuros Tercios. En Bicoca, además, podemos ver una clara similitud con Garellano. Tal y como sucedió en 1503, el ejército español preparó defensas físicas para el previsible ataque francés, ocupando estas posiciones los primitivos arcabuceros, con un peso todavía importante de ballesteros, con los piqueros detrás, de forma que si cualquier tipo de caballería o infantería traspasaba las defensas naturales, los arcabuceros encontrasen en ellos un fuerte resguardo. En Bicoca, igualmente, Colonna ordena la construcción de defensas naturales, hundiendo varios caminos para obligar a los franco-suizos a atacar por donde él quería. Una vez conseguido este objetivo, los arcabuceros de Ávalos pudieron disparar desde elevaciones a las que los suizos no podían llegar, causando a estos un número increíble

⁴⁰ CABEZA RODRÍGUEZ, Antonio; CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo. *Saber y gobierno, ideas y práctica del poder en la Monarquía de España (siglo XVII)*. Madrid, Actas Editorial, 2013, p. 149.

de bajas. Como Gonzalo en Garellano, Colonna situó a los lansquenets⁴¹ alemanes tras los arcabuceros, de forma que diesen protección en caso de que los suizos traspasasen las defensas. Esta táctica, heredada de Ceriñola y Garellano, va a ser probada nuevamente en Bicoca ante los requerimientos de la batalla, resultado nuevamente exitosa, algo que podemos apreciar en las crónicas de la época: “*los otros suyeros, habiendo largo espacio combatido entre los montones de los hombres muertos y entre las picas atravesadas, volvieron las espaldas*”⁴² Esta formación, repetida y mejorada desde Ceriñola hasta Bicoca, no es fruto de una idea casual de varios capitanes, representa la esencia absoluta de la dualidad pica-arcabuz, es decir, representa la columna vertebral del tercio.

Tal y como afirman numerosos expertos militares, la pica tiene la función de proteger al mosquete y no viceversa, por lo que fue necesario encontrar una formación capaz de exaltar la potencia del fuego y asegurar una emisión constante de disparos. Los expertos lo que nos están definiendo son las claves del éxito de los Tercios, pues son la unidad militar que con mayor talento es capaz de llevar a cabo la mencionada dualidad pica-arcabuz. Sin embargo, al mencionar la palabra mosquete, estamos hablando de mediados y finales del siglo XVI; Gonzalo en 1503 y Colonna en 1522, décadas antes de que apareciese el mosquete, ya lo habían intentado.

Pero no solo en Bicoca se puede dilucidar la impronta de Gonzalo. Durante la década de 1510 numerosos conflictos bélicos que involucraron a la Monarquía en Navarra y en el Norte de África reflejan su impronta en el ejército español. Cronológicamente, el primer conflicto al que se debe prestar atención es a la conquista de Orán en 1509, precedida por las menores conquistas de Mazalquivir y del peñón de Vélez de la Gomera. La mencionada conquista fue dirigida por el Cardenal Cisneros junto con tres capitanes de importancia capital para nuestro relato: Pedro Navarro, Alonso de Granada y Diego Fernández de Córdoba.

El interés de estos personajes reside en los conflictos bélicos en los que participaron, ya que Pedro Navarro sirvió a las órdenes del Gran Capitán durante la Primera Guerra de Italia y fue parte del ejército español derrotado en Rávena en 1512, batalla de gran importancia para el futuro del tercio que será tratada en capítulos próximos. Por su parte, Alonso de Granada y Diego Fernández de Córdoba habían

⁴¹ Piqueros de origen alemán que sirvieron a cargo de la Monarquía de España en frecuentes ocasiones.

⁴² VALLES. *Historia del fortissimo y prudentissimo capitán don Hernando de Avalos Marqués de Pescara*. Amberes, 1578, p. 157.

participado en la conquista de Granada. Pedro Navarro, además, luchó en Italia, adquiriendo las aportaciones hasta aquí descritas.

La experiencia de dichos capitanes se puede analizar, en primer lugar, en las fuerzas con las que contaron Alonso de Granada y Diego Fernández de Córdoba para la toma de plazas africanas. Se puede hablar de unos 12.000 infantes frente a unos 3.000 jinetes. Estas cifras no son simples datos, indican una clara tendencia hacia el predominio de la infantería. Esto refuerza la idea de René Quatrefages al afirmar que España, a diferencia de otros muchos países europeos, nunca olvidó ni despreció un ejército de infantes⁴³. De ahí que fuese en España y no en otro lugar donde los capitanes no escatimaron en infantes si la ocasión lo requería.

Un proceso similar puede encontrarse en el norte peninsular, más precisamente en la conquista de Navarra de 1512, emprendida por Fernando el católico y dirigida por el segundo Duque de Alba, Fadrique Álvarez de Toledo, quien contaba con cerca de 12.000 infantes, entre los que se encontraban los veteranos de las guerras del norte de África, además de 2.500 jinetes y 20 piezas de artillería. De nuevo, puede verse la hegemonía de la infantería sobre la caballería, a la que supera en gran número. Álvarez de Toledo combatió en las guerras de Granada, en las que, al igual que muchos otros capitanes, comprendió la utilidad de la infantería y de la artillería, principalmente en la toma de plazas fuertes, fortalezas y ciudades.

Con estos dos procesos, el de Navarra y el de África, se puede apreciar que varios años después de la muerte de Gonzalo, su impronta, sus ideas, han quedado grabadas en numerosos capitanes. Es cierto que Próspero Colonna puede aparecer como el máximo exponente no ya de la permanencia de las ideas del Gran Capitán, sino como su valedor e innovador, pero no se debe olvidar la interminable lista de capitanes que las dieron continuidad, sin los cuales habría sido imposible asistir al nacimiento de los Tercios en 1536.

Llegados a este punto, resulta necesario analizar cómo pudieron estos capitanes innovar y mejorar la táctica heredada de las guerras de Italia, hasta completar la formación de los Tercios. Entra aquí en juego un aspecto hasta ahora no analizado en este trabajo, el armamento, ya que los cañones y arcabuces de 1503 eran muy diferentes a los de 1522.

⁴³ QUATREFAGES, René. *Los Tercios*. Madrid. Ediciones ejército. 1983, p. 52.

De igual modo, Gonzalo contaba en Italia con un ejército que contenía numerosos restos medievales, de ahí la gran dificultad hasta alcanzar el éxito. Debe analizarse, pues, la progresiva institucionalización del nuevo arte de la guerra, es decir, la mejora no solo de la composición del ejército, sino de la propia formación de los soldados.

La primera arma que debe recibir una especial atención, debido a su enorme importancia para el tercio, y para el cambio total de la concepción de los conflictos armados, es el arcabuz. Dicho arma de fuego no fue creado originariamente en España, como algunos autores consideran, sino que apareció en Italia de forma progresiva durante el siglo XV, siendo “institucionalizadas” por Venecia en 1490⁴⁴. Teniendo en cuenta la cronología, puede surgir la cuestión del por qué los ejércitos españoles en Italia no utilizan este arma de forma contundente y masiva hasta 1503. La respuesta a la cuestión radica en su poca utilidad, pues se consideraba imposible que un arcabuz ejerciese un disparo claro a más de 100 metros, a lo que se debe añadirse el enorme tiempo necesario para realizar una recarga, que oscilaba en torno a los dos y tres minutos, además de los habituales fallos del arma, que en muchas ocasiones entrañaba más peligro para el tirador que para el enemigo. Por tanto, los arcos⁴⁵ y ballestas todavía se presentan en 1500 como una solución factible, ya que su distancia práctica rondaba los 200 metros y su tiempo de recarga era mínimo, no llegando en el caso de la ballesta a más de un minuto⁴⁶.

Pero fue en el territorio italiano, lugar hegemónico en el campo de la artillería y las armas de fuego, donde con la participación española se desarrollaron rápidas y efectivas mejoras en los arcabuces. Se reduce su tiempo de recarga, se amplía su precisión y disminuye la frecuencia de las explosiones de pólvora que tanto preocupaban a los primeros arcabuceros. Con todas estas soluciones, ya nada podía impedir que esta arma se implantase por toda Europa de manera sistemática. Un perfecto reflejo del gran peso de esta arma en el cambio de las mentalidades europeas respecto a la guerra lo podemos encontrar en el Quijote, ya que Cervantes pone en boca de este el siguiente discurso:

“Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería. A cuyo inventor tengo para mí que

⁴⁴ PARKER, Geoffrey. *La revolución militar*. Barcelona, Editorial Crítica, 1990, p. 37.

⁴⁵ En Inglaterra, lugar cuya historia medieval está estrechamente ligada a los arcos largos, se constata hasta 1560 su uso en batallas.

⁴⁶ PARKER, Geoffrey. *La revolución militar*, ob. cit., p. 38.

en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero”⁴⁷.

Miguel de Cervantes deja muy clara su postura sobre las armas de fuego, pues el espíritu caballeresco permaneció latente en Europa durante una gran parte de la modernidad. Sin embargo, desde que Gonzalo enseñase al mundo en 1503 el gran uso que se podía dar a la novedosa arma, todos los ejércitos europeos van a ir adoptando de forma progresiva su utilización, mejorándose sus prestaciones hasta la aparición del mosquete a mediados del siglo XVI⁴⁸.

Al igual que el arcabuz, los cañones, existentes ya desde los siglos XIII y XIV, van a experimentar a partir de 1500 una enorme transformación, lo que directamente supuso un cambio absoluto en la concepción de la fortificación. Durante los siglos XIV y XV, la artillería hace acto de presencia en numerosos conflictos armados, sin embargo, su escaso desarrollo hacía muy difícil que resultasen eficaces contra las grandes murallas medievales⁴⁹. En torno al 1500, Europa va a presenciar una mejora continua de la metalurgia y de la pólvora, creándose cañones más grandes y potentes que podían ser disparados desde grandes distancias, fuera del alcance de arqueros y arcabuceros. Hacia 1520, el poder de los cañones y su precisión eran ya muy apreciable, a lo que se refiere Nicolás Maquiavelo en 1519: “*no hay muralla, por más gruesa que sea, que no pueda ser destruida en pocos días por un cañón de artillería*”⁵⁰. Atendiendo a esta opinión del autor del *Arte de la guerra*, la artillería para entonces era un factor decisivo en el desarrollo de batallas y guerras; las fortificaciones medievales, todavía en 1500 aparentemente inexpugnables, podían caer en cuestión de días.

Este desarrollo de los cañones, además de causar estragos en los ejércitos enemigos en una batalla campal supondría una transformación en las fortificaciones. El auge de la artillería llevó a numerosos arquitectos italianos, entre los que destaca León

⁴⁷ CERVANTES, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. En JAY ALLEN, John (Ed.), *IV Centenario de la Segunda Parte del Quijote*. Madrid, Cátedra, 2015, cap. XXXVIII.

⁴⁸ Arma de fuego similar al arcabuz pero con una características mejoradas, tiempo de recarga similar, pero gran precisión a una distancia mucho mayor que el arcabuz (aproximadamente el doble). Se diferencian por la utilización de una horquilla sobre la que resultaba necesario apoyar el mosquete, algo innecesario en el caso del arcabuz.

⁴⁹ Una de las primeras batallas europeas en las que se emplean los cañones es la de Crecy (1346) donde un cronista de la época afirmó “*abrieron fuego algunos cañones que habían llevado a la batalla para asustar a los genoveses*”. PARKER, Geoffrey (Ed.), *Historia de la guerra*. Madrid. Editorial Akal. 2010, p. 111.

⁵⁰ Ídem.

Battista Alberti con su ensayo *Sobre el arte de la construcción*, escrito ya en 1440 a la necesidad de detener a la artillería mediante la construcción de fortificaciones estrelladas con muros más bajos e inclinados que las verticales murallas medievales⁵¹. Hacia 1515 ya se adoptaron sus ideas, naciendo lo que Geoffrey Parker definió como “fortaleza artillada”⁵², con muros más gruesos, de menor altura, y con una clara inclinación, por lo que las constantes arremetidas de la artillería y los intentos de los zapadores de derruirlos serían imposibles. En cambio, los asaltos por sorpresa son mucho más sencillos, pues un muro totalmente vertical supone una enorme complejidad, mientras que un muro inclinado facilita la escalada. Como ya se apuntó más arriba, una de las técnicas de actuación más conocida de los Tercios fueron las encamisadas⁵³, preferiblemente nocturnas contra campamentos o ciudades enemigas asediadas. Además de sabotear armas de fuego y suministros de guerra, se trataba de crear en los sitiados una sensación de constante peligro.

Llegados a este punto, la pregunta de cómo Gonzalo introduce todas estas medidas en su ejército nos puede venir a la mente, pues debemos tener en cuenta que para 1500, ni arcabuces, ni cañones, ni fortificaciones se han visto profundamente transformadas, es decir, no pudo aprender a utilizar arcabuces y cañones en Italia. La respuesta a este respecto la encontramos en Parker, quien asegura que la rápida conquista del reino de Granada en la década de 1480 se debió a la gran utilización de la artillería⁵⁴.

Tras analizar la cronología y los avances técnicos de las armas de fuego y los cañones, se plantea firmemente la idea de que los capitanes sucesores de Gonzalo, los ya mencionados Colonna, Pedro Navarro, Ávalos y la larga lista de nombres, no realizan grandes cambios en la táctica implantada en 1503, son capaces de llevar a cabo los planes del Gran Capitán debido a que los arcabuces y los cañones de 1520 en adelante iban a ser armas totalmente diferentes a como lo eran en 1500. En definitiva, Gonzalo no solo creó una táctica militar para su tiempo y para las características armamentísticas del mismo, consciente de lo que estaba por venir, ideó una táctica que tendría que esperar transformaciones armamentísticas inmensas para quedar obsoleta. De igual manera, no cabe duda de que Próspero Colonna, personaje troncal de este capítulo, recogió el guante

⁵¹ PARKER, Geoffrey (Ed.), *Historia de la guerra*, ob. cit., pág. 113.

⁵² *Ibidem*, p. 112.

⁵³ Llamadas así porque la vestimenta que portaban los soldados encargados de realizarlas se componía de una camisa blanca, de manera que en caso de combate supiesen diferenciar fácilmente a los enemigos de los aliados.

⁵⁴ *Ídem*, p. 110.

de Gonzalo a la perfección, pasándoselo íntegro a Fernando de Ávalos, personaje que comprenderá y desarrollará el tercio de manera definitiva hasta su aparición oficial en 1536, pero este personaje ocupará el siguiente capítulo.

2.4. Fernando de Ávalos, la conformación definitiva del tercio

Tras analizar el progresivo desarrollo del tercio a partir de las figuras militares más reconocidas y de capitanes de menor renombre, resulta necesario fijar ahora la atención en el marqués de Pescara, militar de origen italiano que combatió para los ejércitos español e imperial y que aportó su experiencia y su aprendizaje para consolidar definitivamente la nueva táctica militar.

El primero suceso que aparece en la cronología militar del marqués es la batalla de Rávena, librada en 1512 en dicha ciudad frente a los franceses. En ella participó, además del propio marqués, un capitán ya mencionado anteriormente, Pedro Navarro: veterano de las guerras de Granada y del norte de África al que Fernando el católico puso al mando de la infantería, consciente de su experiencia en esta materia. Para dirigir el ejército se encontraba Ramón de Cardona, virrey de Nápoles y personaje con experiencia en el ámbito marino, pues dirigió la escuadra española en la conquista de Mazalquivir. Respecto a Fernando de Ávalos, se encontraba el frente de la caballería ligera, lo que permite hacer un paralelismo con Próspero Colonna, al frente de este mismo cuerpo bajo el mando del Gran Capitán.

Pese a esta similitud, el éxito de ambos va a ser muy dispar, ya que Colonna triunfó plenamente, entendiendo a la perfección lo que Gonzalo le pedía, mientras que Ávalos experimentó el fracaso en esta ocasión, y ello por varios motivos. Uno de ellos, la diferente comprensión de lo que debía ser la táctica de la batalla, pues mientras Pedro Navarro se guarnecía esperando el momento idóneo para atacar, las caballerías, pesada y ligera, actuaron de manera independiente, recordando a tiempos medievales. A estos dos factores internos debe unírsele un factor externo, el aprendizaje francés de sus derrotas anteriores. En Rávena, fueron los españoles quienes realizaron una carga frontal de caballería, siendo presa fácil para la poderosa artillería francesa y para la experimentada caballería pesada francesa. Un fragmento de las crónicas del capitán Fernando de Ávalos ilustra este suceso:

*“Para que con este valiente socorro los caballos ligeros estuviesen firmes en la primera batalla en sostener el ímpetu de los franceses; pero el marqués guiando los suyos por un mal lugar de fosos y de zarzales, llegó apenas con la tercera parte de los caballos a la media batalla”*⁵⁵

Del fracaso de Rávena pueden extraerse conclusiones importantes para conocer el desarrollo militar de Ávalos. Una de ellas es que Gonzalo también fracasó en Seminara, batalla que le convenció definitivamente de la necesidad de llevar a cabo una gran innovación. De igual manera, es fácil imaginar que Fernando, tras haber caído preso, entendiese los errores planteados en la batalla, siendo consciente de la necesidad de aprender de ellos para evitar, como así fue, volver a cometerlos. Además, pese a que los franceses salieron vencedores de aquel enfrentamiento, sufrieron un número mayor de bajas que los españoles. La astucia de Pedro Navarro, quien organizó la retirada de manera ordenada, permitió ocasionar un enorme número de bajas al ejército francés por el constante fuego de los arcabuceros, con la muerte de Gastón de Foix, líder del ejército enemigo. Pedro Navarro no sufrió apenas bajas en su infantería, pues tal y como dicen las crónicas: *“Confiándose en el valor de la infantería, la cual andaba siempre deteniendo en un lugar algo bajo, haciéndola estar con los cuerpos tendidos en tierra por huir de los tiros que pasaban volando por encima de la cabeza”*⁵⁶. El autor de la crónica no dejó de criticar a Navarro, al que tachó de cobarde, sin considerar sus méritos en Granada, África e Italia; lo cierto es que la puesta en práctica de las ideas de Gonzalo hizo que fuera consciente de la inutilidad de perder numerosos hombres por una cuestión de honor.

Nada extraño, pues, que Fernando de Ávalos analizase la estrategia de la batalla desde la práctica militar más reciente de Gonzalo Fernando de Córdoba, transmitida por Próspero Colonna. Rávena pasaría a la historia por ser la última batalla en que la caballería pesada tuvo una presencia importante en el ejército español. A partir de 1512 ya no quedaron dudas, tanto el monarca como los capitanes y los sucesivos virreyes contribuyeron a que la caballería pesada fuera cosa del pasado.

Después del pago del rescate y su posterior liberación, avanzando diez años en la vida del marqués de Pescara, encontramos la ya citada batalla de Bicoca (1522). Este conflicto resultó fundamental para el futuro tercio, al ponerse en práctica las técnicas de

⁵⁵ VALLES. *Historia del fortissimo y prudentissimo capitán don Hernando de Ávalos Marqués de Pescara*. Amberes, 1578, p. 42.

⁵⁶ *Ibidem*, p. 41.

Gonzalo y de Colonna. En Bicoca, Ávalos pudo comprobar la eficacia de la dualidad defensa-ataque, ya que mientras en Rávena se realizaron cargas de caballería sin casi organización, en Bicoca, Colonna supo utilizar todo el ímpetu francés contra ellos mismos, infringiéndoles un gran daño a un coste muy bajo, algo totalmente similar a Ceriñola. El deseo demostrado por parte de Francia de entrar en batalla, además de algo habitual, debió ser especialmente relevante en este caso, ya que las crónicas lo mencionan de forma constante: *“Tenía el francés esa opinión, que pues ellos con ánimo ardiente demandaban la batalla”*⁵⁷. De hecho, hay numerosas referencias a discusiones entre los suizos y los franceses, pues los primeros consideraban prudente esperar, conocedores de que el marqués de Pescara era hombre muy valeroso y que Colonna era un capitán antiguo que había aprendido a protegerse muy hábilmente, pudiendo provocar gran daño al enemigo⁵⁸.

En este punto, puede resultar posible pensar que Fernando no tuvo tanta parte en el éxito Bicoca, atribuyendo todo el mérito a Colonna. Sin embargo, las dudas se aclaran al analizar la posición ocupada por Ávalos en la batalla, ya que Colonna lo situó al frente de los arcabuceros, con una misión ya entonces esencial. Porque en un tránsito de diez años, tiempo que separa Rávena de Bicoca, el marqués de Pescara cambió la forma de dirigir a la caballería ligera de un rotundo fracaso (al hacerlo como si de caballería pesada se tratase), a capitanear a los arcabuceros y constituirlos en el pilar de la infantería, continuando la evolución iniciada por Gonzalo. Esta pasará a ser una pieza vertebral en el éxito de los Tercios. Además, Colonna demostró confiar en la destreza y capacidad de Pescara para manejar la nueva situación, ya que la de los arcabuceros era una unidad de muy difícil manejo, pues conseguir una línea constante de fuego requería una exigente organización interna: *“Mandó a los de la primera orden, que habiendo descargado los arcabuces, luego se hincasen de rodillas y de nuevo armase, porque la segunda orden tuviese lugar de tirar sin peligro de los que estaban delante, y mandó que los mismo hiciesen los segundos, terceros y cuarto, y que en acabado de tirar los último, luego y diligentemente se alzasen los primeros y segundos para disparar, y que así, sin jamás dejar continuasen esta maravillosa orden, a manera de una continua tempestad de tiros”*⁵⁹.

⁵⁷ *Ibíd*em, p. 152.

⁵⁸ *Ibíd*em, p. 153.

⁵⁹ *Ibíd*em, p. 156.

En efecto, Bicoca en 1522 marcó una fase en el desarrollo del tercio hasta su formación oficial en 1536. Colonna fallecería muy poco después, en 1523, sin poder aportar más de lo que se ha visto. En cambio, Fernando de Ávalos completó su hoja de servicios con la participación en grandes batallas y en conflictos menores, lo que le permitió avanzar en el desarrollo de la táctica y la técnica militar. Además, incorporó la destreza psicológica demostrada por el Gran Capitán, con la prudencia como virtud esencial, algo de lo que estaba falto tal y como se vio en Rávena. Son numerosos los actos en los que se observa la forma de practicarla, siendo uno de los más destacados el asedio de Marsella. Tras numerosos envites de la artillería, una gran parte del muro de la ciudad fue derruido, lo que invitaba a muchos capitanes a realizar un gran asalto a la ciudad. En esta situación, Pescara fue consciente del gran peligro que ello suponía para su ejército, pues los sitiados aún contaban con suficiente fuerza artillera y defensiva. Esta circunstancia aparece muy claramente descrita en las crónicas: *“Como hombres que no eran muy pláticos de las cosas de la guerra, y casi con palabras injuriosas daban prisa, que se diese la señal de la batalla. Estaba el Pescara en gran afán de pensamiento, mas todo lo que ellos decían, lo sufría con gran paciencia de juicio, porque la salud del ejército no se pusiese en peligro por la bestialidad de hombres ignorantes y desesperados”*⁶⁰.

Esta prudencia de Ávalos pudiera parecer sinónimo de cobardía, duda que se despeja al haber destacado como hombre enormemente valeroso, al igual que Gonzalo, dispuesto a combatir cuando la situación hacía posible el éxito final. Como él, también se mostró poco dispuesto a arriesgar, quedando expuesto a ser considerado cobarde por parte del enemigo. La combinación de estos dos principios, valor y prudencia, pasaron a ser parte del espíritu del tercio, adquiriendo conciencia de ello muchos capitanes que en 1522 aún no eran capaces de distinguirlo.

Hay un tercer componente en la formación del tercio, que completó la combinación pica-arcabuz y el factor valor-prudencia. Se trata del perfeccionamiento de la táctica de la emboscada, un tipo de guerra irregular que, como se ha visto, Gonzalo comenzó a practicar ya en la Primera Guerra de Italia. Una de las ocasiones en que se volvió sobre ella se produjo en el año 1524, tras la retirada llevada a cabo por ejército imperial comandado por el duque de Borbón y el propio marqués de Pescara. El rey de Francia, Francisco I, dirigió hasta Marsella un gran ejército para eliminar el cerco sobre la ciudad. Ante la retirada de las tropas imperiales, decidió perseguirlas. El acoso

⁶⁰ *Ibidem*, p. 251.

constante a que se sometió a los imperiales, aconsejó la formación de una emboscada. El punto clave residió en el aprendizaje realizado por los capitanes respecto a las tácticas guerreras de los franceses, pues tal y como dice la crónica: “*el capitán Ogulio y el Capitán Sala, según la costumbre de los Franceses, arremetieron furiosamente tras los que huían disimuladamente, y cayeron en la emboscada*”⁶¹. Este fragmento demuestra varias cosas, una de ellas, que el tradicional ímpetu francés todavía en 1524 seguía intacto, no aprendiendo de las numerosas derrotas que ello les había ocasionado, ya no únicamente a manos españolas, sino inglesas. Un segundo elemento, de mayor interés para nuestro trabajo, reside en la realización por parte de los capitanes del ejército imperial de una emboscada, es decir, mientras que se muestran deseosos de atacar Marsella sin valorar las consecuencias, algo que podría recordarnos a tiempos muy anteriores a 1524, no tienen ningún inconveniente en realizar la emboscada, algo que los franceses considerarían profundamente deshonesto. Esto lleva a pensar en que lenta pero constantemente, la mentalidad guerrera de los capitanes ya no solo ha cambiado en unos pocos, sino que va afectando a todos ellos, posibilitando de esta manera que en 1536 nazcan los Tercios en Italia.

Aunque esta emboscada es un perfecto reflejo del cambio de mentalidad, se debe prestar especial atención a la encamisada realizada por Ávalos durante el asedio francés a Pavía, pues su éxito, en gran medida inesperado, marca un punto de inflexión tanto para el marqués como para el ejército hispano-imperial. Según la crónica, el objetivo residía en provocar un gran alboroto matando a algunos franceses que estuviesen guarnecidos en las casas más alejadas del núcleo del campamento, para provocar una gran sensación de temor y desorden al enemigo⁶². La ejecución del plan resultó más fácil de lo esperado, como narra el siguiente fragmento: “*Tomó la artillería, la cual no se pudo llevar ni enclavar porque no teniendo esperanza del suceso de la victoria, había venido allí desprovisto de todas las cosas necesarias para este efecto; jamás creyó que pudiera tan fácilmente pasar dentro de los alojamientos*”⁶³. La encamisada fue, por tanto, un absoluto éxito, superando los objetivos marcados. A este respecto hay una frase indicativa en la crónica: “*Hizo tañer a retirarse tan alegre y animoso, que tomó de este caso pronóstico allende de la esperanza que ya tenía concebida por el arte de la guerra*”⁶⁴. En efecto,

⁶¹ *Ibíd.*, p. 257.

⁶² *Ibíd.*, p. 320.

⁶³ *Ibíd.*, p. 321.

⁶⁴ *Ídem.*

probablemente desde antes, pero con seguridad desde los años 20 del siglo XVI, Álvaro se encumbra como paradigma del nuevo arte de la guerra, consciente del beneficio que puede aportar al ejército español, y por ende, a la Monarquía.

De esta manera, Pescara ya se ha consolidado como un gran capitán, fiel continuador y desarrollador de la revolución que inició Gonzalo allá por 1500, cuando todavía no ha acontecido la batalla por la que pasará a la historia como el capitán capaz de apresar a todo un ejército, incluido su rey. Pero la batalla de Pavía no debe resultar destacable únicamente por la captura de Francisco I, sino por suponer la completa culminación de la nueva táctica militar tras 25 años de continuo desarrollo. Es obligado, pues, detenerse en su análisis.

La famosa batalla dio comienzo con la toma de Mirabel, iniciándose una vez fue tomada dicha plaza, y tal y como dice la crónica, una gran campaña de encamisadas, ya que *“todos los imperiales por mandamiento del marqués se habían puesto las camisas sobre las armas”*⁶⁵. Esto representa un paso más en su ejecución técnica, ya no son simplemente asaltos nocturnos contra campamentos, por lo que se les puede empezar a llamar propiamente “encamisadas”. Pavía muestra que ya en 1525 este otro elemento estructural del tercio estaba completamente incorporado.

Entrando en la propia batalla, como es bien sabido supuso una gran victoria para Carlos V, con una derrota contundente de su gran rival, Francisco I, cuyo ejército quedó desbaratado casi por completo y él capturado. Volviendo a la composición de los ejércitos en liza, no resultan nada sorprendentes. En el bando francés, un gran número de artillería, mercenarios en infantería, y un gran contingente de caballería pesada con el rey al frente. En el bando imperial, varios escuadrones de caballería ligera, infantería con pica española y alemana, y arcabuceros españoles. Un factor clave que diferencia Pavía de otras batallas trascendentales para la formación del tercio es que en esta ocasión acontece en terreno llano y abierto, Pescara no podía contar con fosos ni trincheras para detener a la caballería enemiga. Utilizó su caballería ligera para incitar al ejército francés a desorganizarse y cargar con el ímpetu que les caracterizaba, es decir, la caballería ligera vuelve a tener una función meramente escaramuzadora, en ningún momento se intenta ejercer con esta una fuerza de choque, superando el error cometido en Rávena. Tal como se esperaba, los franceses cargaron con gran energía contra las líneas de infantería españolas, lo que

⁶⁵ *Ibíd.*, p. 343.

impidió a la potentísima artillería francesa disparar, ya que podía dañar a sus propios soldados. Con el ejército francés concentrado en romper el centro de las líneas imperiales, Pescara realizó su jugada maestra, desplegó a los arcabuceros en los flancos del ejército francés, sin cobertura física de ningún tipo, lo que suponía la primera vez que se utilizaba este cuerpo militar en batalla campal. Tal y como Fernando de Ávalos esperaba, los arcabuceros ejercieron un gran daño a los franceses⁶⁶, lo que llevó a estos a intentar cargar contra ellos, momento en que hicieron acto de presencia las picas: *“los Españoles naturalmente diestros, y cubiertos de armas ligeras, luego se retrajeron atrás con presteza, y dando vueltas a una parte y a otra engañando el ímpetu de los caballos, era aquel modo de pelear no usado jamás, y sobre todo maravilloso y cruel, se perdía del todo la virtud de la caballería”*⁶⁷.

La crónica es reveladora de la novedad de poner en práctica las ideas del Gran capitán pero en batalla campal, sin protecciones naturales como ocurrió en Bicocha o en Ceriñola. Pavía, además de formalizar las encamisadas, mostró a Europa que el nuevo arte de la guerra iniciado por el Gran Capitán podía utilizarse en batalla campal venciendo arrolladoramente a la caballería más poderosa del continente, sin depender de protecciones naturales o de emboscadas. A diferencia de Colonna o Pedro Navarro y una larga lista de capitanes que se ciñeron al modelo practicado por Gonzalo Fernández de Córdoba, el marqués de Pescara superó las enseñanzas de éste al margen de la posibilidad de contar con terrenos pantanosos, Ávalos en 1525, por tanto, ha constatado que el tercio estaba ya presente.

3. EPÍLOGO A MODO DE CONCLUSIÓN: LAS ORDENANZAS DE GÉNOVA DE 1536

A modo de conclusión, y debido a la intención de no repetir lo explicado en capítulos anteriores, resulta imprescindible en el origen del tercio hacer una especial mención a la también llamada *Orden de Génova* de 1536, documento expedido por el emperador Carlos V, y que supone el nacimiento oficial del tercio, es decir, la culminación del proceso atendido en este trabajo.

⁶⁶ *Ibidem*, p. 353.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 354.

Al igual que en tiempos del Gran Capitán, una serie de factores históricos y geoestratégicos llevaron a la oficialización del tercio. En 1535, el último gobernador de Milán, de la familia Visconti, muere sin descendencia. Este suceso, unido al inmenso peso estratégico que supone Milán de cara a Europa, va a hacer que Francisco I de Francia y el emperador Carlos V se lancen en su conquista, saliendo victoriosa de dicho lance la Monarquía Hispánica⁶⁸. Esta conquista, como era bien sabido por los hispano-imperiales, no sería respetada por Francia, consciente de que Milán era la pieza angular sobre la que mantener la hegemonía europea. Esta expectación ante el ataque francés llevó a Carlos V a ordenar el mantenimiento de compañías de forma permanente por toda la región de Lombardía, al igual que en Nápoles y en Sicilia, ya que cualquier lugar de la península italiana era susceptible de recibir un ataque enemigo.

Antes de entrar al análisis político-administrativo de las órdenes, la cuestión que merece respuesta es el porqué del término “tercio”, pregunta que podemos responder acudiendo a la documentación enviada por el maestro de campo Sancho de Lodonno al duque de Alba en el siglo XVI, en la que asegura: *“los Tercios, aunque fueron influidos a imitación de las tales legiones en pocas cosas, se puede comparar a ellas, que el número es la mitad menos, y aunque antiguamente eran tres mil soldados, por la cual se llaman Tercios, y no legiones, ya se dicen así aunque no tengan más de mil”*⁶⁹

Este asunto del término permite atisbar la intencionalidad organizativa del emperador, ya que el denominativo “tercio” no responde a asunto militar alguno, como muchos investigadores han defendido habitualmente, pues creían que el término tenía que ver con las tres armas que compusieron el ejército español a partir de las reformas de Gonzalo de Córdoba, la pica, el arcabuz y la espada. Este argumento no puede ser válido porque en el momento de creación oficial del concepto, el ejército español se dividía únicamente en dos armas, picas⁷⁰ y arcabuces, habiendo desaparecido las espadas hacía ya varios años.

⁶⁸ QUATREFAGES, René. *La Revolución Militar Moderna*, ob. cit., p. 314.

⁶⁹ De LODONNO, Sancho. *El discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar, a mayor y antiguo estado*. Bruselas, en casa de Roger Velpius, 1589, p. 14.

⁷⁰ Muchos investigadores consideran que pese a la desaparición de las espadas, el ejército seguía dividiéndose en tres tipos de armamento: picas secas (piqueros sin protecciones adicionales más allá de sus propios ropajes), arcabuces y coseletes (piqueros con armadura). Sin embargo, a la hora de entablar combate, aunque los coseletes eran más preciados y recibían un mayor sueldo, no era extraño ver combatir a las picas secas junto a estos, por lo que no componían una unidad diferente, como sí hacían los arcabuceros.

De esta manera, la postura considerada más acertada tomó fuerza, es decir, el denominativo de Tercios se utilizó para facilitar la organización de la compañía y su subdivisión a la hora de combatir o de desplazarse de forma independiente a algún lugar determinado. Esta explicación queda reforzada al analizar la situación de los llamados *Tercios viejos*, el Tercio de Lombardía, el de Nápoles y el de Sicilia, ya que sus unidades no permanecen apostadas en posiciones estratégicas al completo, es decir, con los 3000 soldados que componen cada tercio. En el caso de los Tercios de Nápoles y Sicilia la acumulación de unidades fue más habitual, pero en el caso lombardo, debido a la magnitud del territorio a defender, lo habitual era encontrar unidades de 300 hombres dispersas por el mapa, todas ellas compositoras del tercio de Lombardía, bandera bajo la que lucharían en caso de batalla.

De esta manera, no puede ser considerado casual el lugar en que nace cada uno de los tres *Tercios viejos*⁷¹, pues son posiciones estratégicamente esenciales para la defensa de Italia, objetivo primordial para el mantenimiento de la hegemonía hispánica en Europa. El primero se sitúa en Lombardía, pues las posibilidades de recibir un ataque francés en la zona eran evidentes. En Nápoles, territorio en constante litigio con los franceses desde tiempos del Gran Capitán, se situaba un contingente fijo en la frontera sur de los Estados Pontificios. En tercer lugar el tercio de Sicilia, compuesto por compañías que tradicionalmente formaban parte del ejército de Nápoles, pero que debido a la tensión con Francia y su situación en el Mediterráneo fue una plaza esencial para la defensa de todo el territorio, lo que aconsejó que tuviera bandera propia.

Entrando a discernir sobre la consolidación de los avances administrativos y militares en las ordenanzas, resulta imprescindible acudir directamente a ellas. El primer punto clave es la consolidación de la estructura administrativa del tercio, asunto que ya Gonzalo Fernández de Córdoba empezó a modificar tras la derrota de Seminara de 1495. A este respecto, encontramos en las Ordenanzas de Génova la fijación de los salarios de cada uno de los cargos competentes en el tercio, así como la consolidación de los cargos reales encargados de la administración de los pagos de los miembros que componían el ejército español. Esto es algo que se repite de forma frecuente en las órdenes de Génova, quedando muy claro en la siguiente cita: “*Y lo que ordenare y mandare se ha de cumplir y pagar por los dichos nuestros Auditor, Comisario, Canciller, Veedor, Contador y*

⁷¹ El denominativo de *viejos* responde a que son los tres primeros Tercios en nacer de forma oficial, pues tras estos tres, Lombardía, Nápoles y Sicilia, nacerán aproximadamente 50 Tercios hasta el siglo XVII.

Pagador: en la dicha infantería ha de haber cuatro maestros de campo, capitanes generales, capitanes, capitán de artillería, alféreces, alguaciles, atambor general, dos barracheles, verdugo, carzo y un ingeniero. En la dicha infantería ha de haber dos Sargentos mayores, un Furrier principal”⁷²

Así mismo, las ordenanzas reflejan muy claramente cómo debía organizarse cada tercio, no solo en caso de combate sino también en tiempos de paz. Resultó igualmente fundamental, mirando a su presente y a los años venideros, fijar la nacionalidad de los capitanes compositores del tercio, pues queda muy claro que Carlos V, pese a ser rey y emperador de numerosos territorios europeos y americanos, confió el sustento principal del sistema a soldados españoles, “*hasta el número y compañías de los Capitanes que quedaren en la dicha infantería, sean y queden de cada trescientos soldados españoles con los oficiales della, y ser nuestro capitán de la dicha infantería, que sea español y no de otra nación, habiendo consideración y respeto a las personas más importantes a nuestro servicio, y a la calidad de sus personas, méritos y servicios. Es nuestra merced y voluntad que en las compañías de la infantería española no haya ningún soldado de otra nación, excepto algunos soldados que al presente hay en ella italianos o borgoñones*”.⁷³

En conclusión, se puede apreciar que en 1536 no se ofrecen avances militares en el ejército, pues estos ya están totalmente consolidados en la mentalidad de los soldados. Sin embargo, al nada sencillo camino que iniciaron capitanes como Gonzalo Fernández de Córdoba modificando las compañías, el armamento y las técnicas de combate, solo le falta un elemento, la consolidación oficial, que en efecto, fue otorgada en 1536 en la citadas *Ordenanzas de Génova*.

⁷² VALLECILLO, Antonio de. *Legislación Militar de España Antigua y Moderna*, t. XI, pp. 549-566; QUATREFAGES, René. *La Revolución Militar Moderna. El Crisol Español*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1996, p. 426.

⁷³ *Ibíd*em, p. 428.

4. BIBLIOGRAFÍA

- ALBI DE LA CUESTA, Julio. *De Pavía a Rocroi, los Tercios de infantería española en los siglos XVI y XVII*. Madrid, Balkan editores. S.L., 1999.
- BOTELLA ORDINAS, Eva. *Redención de la virtud. La primera traducción castellana del Arte della Guerra de Maquiavelo*, en Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV, Hª Moderna (13, 2000), Madrid.
- CABEZA RODRÍGUEZ, Antonio; CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo. *Saber y gobierno, ideas y práctica del poder en la Monarquía de España (siglo XVII)*. Madrid, Actas Editorial, 2013.
- CERVANTES, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. En JAY ALLEN, John (Ed.), *IV Centenario de la Segunda Parte del Quijote*. Madrid, Cátedra, 2015, cap. XXXVIII.
- GARCÍA ERCILLA, Fernando. *Sobre el desafío y materia del duelo*. En PUDDU, Rafael: *El soldado gentilhombre*. Barcelona, Argos Vergara, 1984.
- HERNANDO SÁNCHEZ, Carlos José. *Las letras del héroe. El Gran Capitán y la cultura del Renacimiento*. En Córdoba, el Gran Capitán y su Época, Córdoba, Real Academia de Córdoba, 2003.
- DE LODONNO, Sancho. *El discurso sobre la forma de reduzir la disciplina militar, a mejor y antiguo estado*. Bruselas, en casa de Roger Velpius, 1589.
- PARKER, Geoffrey. *La revolución militar*. Barcelona, Editorial Crítica, 1990.
- PARKER, Geoffrey (Ed.), *Historia de la guerra*. Madrid. Editorial Akal. 2010.
- PUDDU, Rafael. *El soldado gentilhombre*. Barcelona, Argos Vergara, 1984.
- QUATREFAGES, René. *Génesis de la España militar moderna*, [*Militaria: revista de cultura militar*](#) (7, 1995)
- QUATREFAGES, René. *La revolución militar moderna: el crisol español*. Madrid, Ministerio de Defensa, 1996.
- QUATREFAGES, René. *Los tercios*. Madrid. Ministerio de Defensa. 1983.

RODRÍGUEZ VILLA, ANTONIO (Ed.), *Crónicas del Gran Capitán*, Madrid, Librería editorial de Bailly, 1908.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis. *Los Reyes Católicos, el camino hacia Europa*. Madrid. Rialp.

VALLES. *Historia del fortissimo y prudentissimo capitán don Hernando de Ávalos Marqués de Pescara*. Amberes, 1578.

ZURITA, Jerónimo. *Historia del Rey Fernando el Católico. De las empresas, y ligas de Italia*. Zaragoza, 1580, tomo II. Edición electrónica: ISO, José Javier (coord.); RIVERO, Pilar; PELEGRÍN, Julián.